

La Casa Voladora: sobre el hacer poético en la educación

Dra. Noemí Duran Salvadó



Volver

Le dijeron que la casa había quedado libre y quiso volver; un espacio vacío la esperaba y la esperaba. Al inicio sentía miedo a volver, miedo a desestimar la posibilidad de que fuese diferente; el verbo ‘volver’ parece no acordarse de que nada es para siempre, y no podía soportar la idea de volver a un lugar incapaz de acoger sus mutaciones, por eso prefería el verbo ‘venir’, como quien va por primera vez.

De lejos, cerraba los ojos y se imaginaba entrando en la casa del pueblo. Viniendo de la calle, antes de abrir la puerta principal, podía acariciar algunas plantas aromáticas que daban la bienvenida a los viajeros. Después, subía las escaleras, peldaño a peldaño, deslizando la mano derecha por la baranda de madera y la izquierda por el rebozado de la pared. En este ascenso paulatino se preguntaba inquieta si esta casa guardaría el olor a su niñez... Sin estar allí ya estaba allí, “las imágenes de la casa marchan en dos sentidos: están en nosotros tanto como nosotros estamos en ellas, al acordarnos de las casas, de los cuartos, aprendemos a morar en nosotros mismos” (Bachelard, 2011). ‘¿Cómo estoy en mi cuerpo?’ se preguntaba la joven mientras cruzaba la puerta de entrada. Llegó a un gran recibidor con alfombras de tonos claros y algunas almohadas en el suelo; el espacio la invitaba a descansar. Se tumbó liberándose del peso de su cuerpo, en especial de su pesante cabeza pe(n)sante. En el respirar cada vez más suave y silencioso fue acordándose, por contraste, de aquel cuerpo saturado que había sido en otros tiempos...

La habían preparado para eso, en la escuela había sido una alumna *non-stop*, trabajadora constante respondiendo a la predominante ‘cultura del emprendedor’, supeditada siempre a un tiempo externo sin poder escuchar su propio ritmo. Le decían que era autónoma y sin embargo sólo le enseñaban a estar pendiente de demandas externas. Esperaban muchísimo de ella, pues ¡sería la ciudadana del futuro! ‘Sería’. Su infancia fue una preparación para el día de mañana, para llegar a ‘ser’; durante la escolarización debía limitarse a encajar como ‘buena alumna’. Hoy sospechaba de este recuerdo... Gracias a la vida y a sus imprevistos había aprendido a perderse y a escuchar las fisuras, los desencuentros consigo misma y con los demás, y reconocía estos desplazamientos como valiosos lugares de aprendizaje. Sin embargo, en su memoria escolar inmediata una HISTORIA en mayúsculas parecía borrar todas las demás: ‘ella era una buena alumna’. ‘¿Eso es todo?’ –se preguntaba desconfiada- ‘¿Por qué me he olvidado de ‘la otra’ en mí cuando iba a la escuela?’

Esa pregunta la había impulsado, años atrás, a desarrollar una tesis doctoral para explorar cómo aprendemos a ser personas en la escuela, fijándose especialmente en cómo nos enseñan a relacionarnos y a narrarnos. Se le evidenciaba, en la mayoría de los casos, que el adulto escribe sobre el niño impidiendo que éste se pierda, trazándole un camino y su fin. El niño sale de viaje, pero no es su viaje.

Quizás, por esta razón, y quizás por muchas otras que formaban la complejidad de su ser, esta joven durante la investigación de tesis decidió autoproclamarse *dona ludens*. La universidad seguía la misma lógica que el espacio escolar y el cuerpo saturado de la muchacha ya no podía más. Ante la ausencia de espacios para la escucha nuestro cuerpo activa alarmas para que nos detengamos a tiempo y su cuerpo no llegó a explotar pero había llegado a sentir tanta presión en el pecho... Tuvo que inventarse la *dona ludens* como recordatorio del instinto natural del ser humano para jugar, crear y curiosear, algo que en la investigación académica quedaba completamente de lado. Dejó de preocuparse por llegar a ‘ser’ y aprendió a disfrutar perdiéndose por ciudades, libros, personas... La seriedad de su juego consistía en estar mucho más presente en el ‘aquí y ahora’ de cada acción, sin intenciones de futuro que limitaran su capacidad de valorar cada instante. No era un juego competitivo sino un juego como posibilidad de sentirse implicada en el hacer junto a otros, y esto fue dando forma a su tesis doctoral: “La escuela como una conversación entre desconocidos: investigar con niños mediante lenguajes artísticos” (Duran, 2012). En ella ensayó formas de habitar la escuela que posibilitaran estar más atentos a lo que pasa ‘entre’ las personas y exploró lenguajes que permitieran acercarse a la relación con el otro sin pensarla de forma predeterminada. El encuentro con el otro es el corazón de la experiencia artística y también de la experiencia educativa, cuando entendemos la educación en el sentido de *exducere*, de salir hacia fuera. ¿De qué manera los lenguajes artísticos pueden convertir las relaciones personales en un terreno fértil para la educación? Investigando con niños la joven descubrió algunos encuentros po(e)sibles entre arte y educación.

Mientras yo hablo de ella, esa joven descansa sobre una alfombra de color violeta, atenta a las inercias de su cuerpo. Escucha su respiración y detecta cómo al inhalar su cuerpo se expande, mientras que al exhalar se encoge ligeramente. Siente el espacio que ocupa y duda de sus límites, ‘¿dónde acaba y comienza mi ser?’ –se pregunta. El oído de la joven se desplaza sutilmente hacia un pájaro que canta detrás de la ventana, mientras la luz entra en la sala y se transforma al llegar a sus ojos, que la interrumpen parpadeando. La joven está activa en la quietud de su cuerpo, que de tan poroso deviene una ventana. Todo está allí y ella está en medio, en este espacio tranquilo y cálido la joven se da cuenta que puede aprender a afinarse para decidir cuándo asomar la cabeza y cuándo dejar que lo externo atravesase su ventana. Como diría Henri Bergson (2006) percibir supone siempre elegir menos de lo que hay, es un proceso de edición estando a la escucha. Pero este estado de percepción atenta que permite el discernimiento propio no tiene nada que ver con el tipo de atención solicitada en la mayoría de espacios de nuestra sociedad. Como señalaba Walter Benjamín (Aladro, 2007): “la atención constantemente solicitada y sobreexplotada de la sociedad contemporánea tiende a disminuir el fenómeno de la captación profunda y por tanto supone la disminución de la experiencia de lo memorable”.

¡Estate atenta! –le gritaba la maestra- y en ese preciso instante se activaba el olvido de la lección y el olvido de sí.

Cuando años más tarde la joven quiso dedicarse a la investigación educativa tuvo que volver a la escuela, recuperando lo que escondía su memoria escolar, desnaturalizando sus inercias y tomando conciencia de qué filtraba su mirada. La forma cómo había vivido la enseñanza podía condicionar las maneras de relacionarse que ahora pondría en juego como maestra e investigadora en educación. La historia de la auto-narración es siempre una historia social y política, por eso quería adentrarse en su cuerpo-casa, reconocer-se para tomar conciencia de lo que encarnaba, de lo que podía permitir como educadora.

Espacios escolares, espacios de normalización, favorecedores de la repetición, enemigos de la diferencia. La muchacha sentía una fuerte inquietud para romper las dinámicas de condicionamiento escolar que se le evidenciaron en la investigación de tesis y que habían dejado huella en su manera de ser niña, maestra e investigadora. La principal motivación por la que ahora volvía a la casa donde había nacido era porque sentía el deseo de transformarla en un lugar para la escucha y la expresión del ser que permitiera la proliferación de subjetividades y posibilitara formas alternativas de generar y compartir saberes. Quería hacer una escuela fuera de la escuela, una escuela voladora.

Re-conocer-se

Volvería para vivir en aquella casa que la había acunado y re-conocer-se en ella. En realidad, la dirección de este viaje había empezado años atrás, aunque entonces todavía no era conciente de tal horizonte. ‘Volver’ como ‘venir’ se puso en marcha cuando empezó a caminar de la palabra hacia el balbuceo buscando una lengua propia. Entendió que el lenguaje del corazón va de adentro hacia fuera; a pesar de que muchos escriban como si quisieran despertarlo a gritos. Un pie, otro pie, y así sucesivamente. Andaba ahora como cuando aprendió a andar en este mismo pasillo que el tiempo fue encogiéndose. El frío del suelo le recordaba las noches de invierno en aquella casa destartalada. La asombraban algunos rincones que había olvidado; su cuerpo se plegó para entrar en la parte inferior del armario donde solía esconderse; vio a su hermana en la habitación de los juguetes, sentada en la sillita rosa de siempre que ya no estaba. ‘¿Qué haré en este espacio? ¿Cómo lo abriré a los demás?’ –se preguntaba la joven.

Re-escribir

Pensó que podría destinar cada habitación a un lenguaje específico, así habría un lugar para las artes plásticas, otro para la música, otro para la expresión corporal... ¡No! Estaba repitiendo el esquema de siempre, una organización por cajitas en la que, quizás, lo más interesante sería la posibilidad de transitar de una sala a la otra, la experiencia de traducción de signos... no la convencía del todo este modo de pensar los espacios.

Se preparó un te y se sentó en el banco de madera de la cocina, un lugar que guardaba tantísimas historias... Palabras que iban del cuaderno de deberes al cuchillo de pelar patatas de la madre, muecas que se repartían entre su cara y la de su hermana, ruidos de televisor... Se le erizaban los pelitos de los brazos como si fueran antenas captando todo lo que contenía aquel espacio vivido. Cuando se tomó el te caliente volvió a tener treinta años. Se concentró de nuevo en su propósito: ¿Cómo convertir las relaciones personales en un terreno fértil para la educación? Y, ¿Cómo crear un espacio que pueda acoger esta experiencia?

Empezó a trazar rastros en su cuaderno: *Aprendí a buscar personas detrás de las ideas, a reconocer quién me enseña qué. La memoria de mi cuerpo no registra conceptos, pero recuerda profundamente la sensación que alguien le dejó. Así por ejemplo, no os podría hablar de la ternura sin pensar en mi abuela o de la luna sin evocar rostros concretos. Y ¡Qué bonito tener tantos maestros, tantos como personas me cruzo por el camino que elijo! Cuerpos contenedores de sabiduría con los que compartimos instantes pasajeros, que a veces nos regalan aprendizajes eternos.*

La joven pensaba la educación como lugar de encuentro con el otro y como exploración de maneras de volvernos sensibles a este encuentro sin perder la oportunidad de aprender del otro, de su manera particular de abrirse al mundo.

‘Entonces, ¡la reivindicación de lo poético no puede obviarse!’ –exclamó en voz alta. Suspiró y continuó con la escritura: *La aproximación desde lo poético respeta el enigma del otro, sin pretensiones de etiquetarlo o comprenderlo en un sentido absoluto. La poesía me enseña a escuchar.* - se detuvo, sintió que esta afirmación contenía un secreto importante-. *Una mirada poética requiere mirar a los lados, interesarse por lo que sucede simultáneamente a su existencia, rompe con miradas disciplinadas que siguen un orden previsto y que sólo miran hacia delante o hacia atrás. Pero, ¿cómo hemos aprendido a estar ‘entre’? Por más que se nos hable de interdisciplinariedad y de currículums integrados en muchas ocasiones las experiencias que se viven bajo estas etiquetas continúan perpetuando maneras de entrar en relación desde la subordinación o la yuxtaposición, estrategias habituales de un sistema capitalista que descalifica el sentido cooperativo sin dejarnos explorar lo que pasa entre nosotros. Nuestra mirada*

no ha sido educada para detenerse en el espacio intermedio. Nos cansaríamos citando ejemplos: La escuela y la universidad, dos contextos dedicados al mismo ámbito y tan penosamente desconectados... O, las facultades de artes que porque agrupan todos los lenguajes artísticos se autodenominan 'interdisciplinares' y, sin embargo, alguien del departamento de visuales jamás habrá tomado un café con alguien de danza....

La muchacha se levantó para ir a calentar más agua. En este gesto recordó la casa de Buenos Aires, tantas veces con la pava arriba y abajo preparando mates... y es que hacía muy poco que acababa de llegar de Argentina. '¿Dónde está mi casa si no es en mi propio cuerpo?!' –pensó sonriendo. Estaba contenta de reconocerse al mismo tiempo habitante y viajera. Sentía que este año fuera de casa (¿de qué casa?) había aprendido más que nunca sobre la relación oscilante que una es. ¿Cómo habitar entre lo conocido y lo desconocido?

Des-plazar-se

Una persona puede considerarse habitante en tanto que conocedora del lugar que habita, en tanto que conocedora de sí misma; pero a la vez, puede vivir momentos de extrañeza, perderse, sentirse desconocida... en este estado de incertidumbre, de apertura a lo imprevisto, nuestra condición se parece más a la del viajero. En la puesta en escena del Teatro de los Sentidos (compañía de teatro participativo con quien se había formado esta joven) el habitante es alguien que escucha con todo su ser para entrar en diálogo con el viajero, la persona invitada a la obra. El habitante ensaya maneras de invitar a otras personas a viajar por un terreno que él ya ha explorado pero que redescubre cada vez de nuevo al disponerse a caminar junto a otro estando a la escucha.

La joven sentía en el habitante la misma vocación que el educador: dar al otro la experiencia de un viaje, donde el viajero es acompañado con levedad para que pueda perderse y encontrar su propio camino. ¿Cómo nos hacemos presentes como educadores cuando viajamos con otros? ¿Cómo invitamos, acompañamos, aparecemos y desaparecemos...?

A pesar de haberse formado como habitante para las obras del Teatro de los Sentidos, como educadora-habitante sentía que el arte de las distancias, el arte de des-plazar-se

supone un aprendizaje continuo. Cuando revisaba filmaciones de los encuentros con los niños durante la investigación de tesis la joven sentía todavía demasiado protagonismo de su parte y esto la llevaba a preguntarse: ‘¿Cómo aprender a desaparecer levemente, a transitar del yo al acontecimiento?’, ‘¿Qué pasaría si los educadores asumiéramos la responsabilidad de prestar atención a cómo nuestros cuerpos se ponen en juego, tomando conciencia de los discursos que encarnamos y abriéndonos a imaginar otras gramáticas del gesto?’.

Siendo consciente de lo difícil que es deseducarnos en nuestras formas de estar presentes, decidió comprometerse con este reto, creando una propuesta para repensar los modos en que habitamos nuestro cuerpo y nos relacionamos desde éste; desnaturalizando las formas en que nos han enseñado a mirar, escuchar, oler, tocar, saborear... ser. Una invitación a transitar de ‘tener cuerpos escritos por otros’ a ‘reescribir entre cuerpos’.

Explorar

Pensando en su propio hacer, en la posibilidad de aprender de los desplazamientos en una misma, la muchacha decidió explorar su condición de cuerpo-errante y marchó lejos, a un lugar donde poder errar sin sentirse juzgada por los condicionamientos del pasado que seguían esperando de ella una buena alumna, una buena hija, una buena novia. Llegó a Buenos Aires con una maleta en la mano y nada más. Llegó a Buenos Aires con una maleta en la mano y todos los caminos po(e)sibles. Nació en sí la *mujer dormida*, que asombrada por la novedad del paisaje se concentraba ‘simplemente’ en estar a la escucha: *Mientras la dona ludens, inquieta propone, hace, se mueve... La mujer dormida, tranquila, a la espera, se con-mueve. Vive de las imágenes oníricas que la asaltan cuando pasea libre, indiferente a las señalizaciones de los que gobiernan. La mujer dormida sólo es ella cuando tiene la capacidad de viajar, de sentirse extraña allí donde está. Su ensoñación no es un remedio para el olvido, al contrario, andar dormida aumenta su sensibilidad y es capaz de percibir lo que no conviene percibir. Este ‘darse cuenta’ la compromete con su presente y la moviliza a escribirnos desde las ciudades por las que se pierde...*

A pesar de sus diferencias, la *dona ludens* y la *mujer dormida* compartían el sentido de una escucha poética, que es siempre una escucha creativa. Ambas se abrían a lo desconocido desde distintos lugares, la *dona ludens* creaba en compañía de otros, y la *mujer dormida* creaba en su otra compañía; de noche, escribiendo imágenes oníricas para protegerse del olvido.

Transformar-se

Mi existencia
cambia tan rápido,
que apenas sé
qué voz la nombra.

[Imagen onírica. Mayo 2013]

En este reescribir entre cuerpos, creando relatos movedizos de la experiencia de sí, la memoria corporal de la joven fue registrando una presencia cada vez más esférica. Descubrió sus costados; antes sólo se conocía por detrás: ‘quién fue’, y por delante: ‘quién sería’. Ahora su cuerpo-nómada, abierto a múltiples devenires, le hacía conocer la redondez como la bailarina que sabe que ‘el potencial del movimiento es la habilidad para extender dinámicamente la variedad a partir de un cuerpo’ (Manning, 2009). Además, la condición humana de estar entre otros expandió la danza de esta joven y descubrió una de las figuras más bellas: el abrazo. Acunando todos sus seres su cuerpo se convirtió en ventana, capaz de albergar a cualquier otro en esa casa despojada de prejuicios. ‘Acá abrazamos de corazón y de sobaco, abiertos al otro con todo nuestro ser’, le explicó una amiga. En la redondez perfecta de un abrazo sin miedo, el cuerpo siente todas las posibilidades de existir; pero en el lugar del que venía esta joven las casas de sus habitantes estaban agrietadas por la falta de abrazos.

la almohada nunca falla,
tampoco mis manos cruzándose entre sí.

[Imagen onírica. Marzo 2013]

Agarró el mate y subió las escaleras hasta la terraza. Acompañada por el Sol siguió escribiendo algunas ideas sobre esta casa-voladora que latía en ella. Anotó:

Reivindicar el sentido poético de la educación es reivindicar el sentido vital del aprendizaje, recuperando el abrazo como motor de nuestras acciones. El viajero necesita confianza, coraje, valentía... un cuidado del alma para que ésta no se eche atrás ante el primer obstáculo. En el hacer poético nos atrevimos a detenernos en el momento de la decepción del aprendizaje, donde no entendemos, donde hay carencia de sentido; el momento de con-moción en que la pregunta sigue abierta pero se verifica una sensación, una certeza de que algo nos está pasando, podemos percibir el ruido de estas brechas en nuestro cuerpo-casa.

Reivindicar el sentido poético de la educación es un aprendizaje de la esperanza, de la continuidad; el que se atreve a salir de viaje sabe que en el ruido de las fisuras cohabita el sonido de la fortaleza. Sin embargo, para poder captar la riqueza de estas sonoridades y disfrutar de la música que cada uno es capaz de producir hace falta una educación para la escucha. Retomando la distinción que hace Jean Luc Nancy (2007) entre 'sonoridad' y 'mensaje', se trata de un aprender a estar a la escucha que nos abre a la 'sonoridad' y nos deshabilita en querer comprender el 'mensaje', esa intención que nos ensordece.

Des-apegar-se

Ni el espíritu salvaje ni el animal domesticado permanecerán en mí, todos los instantes tendrán el sabor incalculable de la eternidad. Los degustaré, los compartiré, se irán.

[Imagen onírica. Noviembre 2012]

Sintió que el reto era doble y paradójico: sostener una existencia permanentemente efímera y, a la vez, elegir cuáles son los gestos que merecen perdurar:

Los gestos que nacen atentos a lo que cada instante reclama. Irrepetibles pero imborrables de nuestra memoria, que los dibuja modificando la geografía del cuerpo; éste que se los lleva consigo sin saberlos, pero que los hace nacer en cada encuentro.

Esas palabras vibraron en el cuerpo-resonante de la joven, mientras dejaba entrar las montañas por sus ventanas. Siguieron resonando en ella palabras que ahora reconocía nombradas por una voz más próxima, como si intentara leer de nuevo lo que había escuchado: *Dejar huella de estos nuevos gestos, huella en nuestro propio cuerpo y en lo que desprende. Entender la transmisión de la cultura como una transmisión de gestos. Preocuparnos por enseñar gestos. Gestos mínimos-inmensos en su propagación (lo que permanece)....*

Imaginaba la Casa Voladora como una casa-abierta que permitiera sentir la amplitud del mundo en la estrechez de la convivencia. Desde la sensación de un cuerpo que se expande empezó a danzar por la casa y en sus movimientos desaparecieron las paredes.

Mente que te declaras harta, escúchame bien: Soy quién soy, ni te lo puedes imaginar... ¡Duérmete! que quiero jugar a todas las formas posibles. Cuando te despiertes no estaré, escapo como el agua, siguiendo el flujo de mi corazón. Y tú, ¿dónde estás exactamente? Algunas veces te he sentido en el dedo pequeño de mi pie. Te desconozco, y es por eso que te invito a bailar.

[Imagen onírica. Febrero 2013]

Espaciar

Durante su viaje por Latinoamérica la *dona ludens / mujer dormida* pudo compartir en distintos contextos la propuesta de *Reescribir entre cuerpos* que supone una exploración conjunta sobre las posibilidades creativas de nuestro cuerpo cuando nos disponemos a una escucha poética. Desde los cuerpos sensibles y abiertos se invita a repensar los espacios educativos en tanto que espacios existenciales¹.

¹ Para conocer mejor la propuesta, consultar: <http://casavoladora.wordpress.com/investigacion/>

Pensando en ‘volver’ como ‘venir’, la joven quiso imaginar su casa como un espacio educativo en tanto que lugar capaz de acoger y permitir “agenciamientos” (Deleuze, 1980) similares a lo que emergía con la propuesta de reescribir entre cuerpos. No era cuestión de diseñar estructuras predeterminadas si no andamiajes para que los viajeros que se animaran a entrar en la Casa Voladora pudieran emprender su propia marcha. Andamiajes que se construyen viviendo una poética del cuerpo (en relación, en movimiento, a la escucha) que genera una poética del espacio. Respetando esta certeza que había vivenciado en su propio hacer y también durante los cursos de reescritura entre cuerpos, no podía ahora anticiparse, tenía que esperar: dejarse tiempo de reloj para escuchar el tiempo propio de una casa voladora que sólo podría volar desde ‘la capacidad de actuar en común diversas personas’ (Arendt, 2012).

Esperar

Hay un tiempo, el del reloj,
que tomo prestado
a la espera de escuchar las resonancias
del otro
en mí.
A medida que siento esta vibración
descubro que el tiempo
soy yo.

[Imagen onírica. Enero 2013]

Desde esta vivencia del tiempo genero espacio, doy espacio a los acontecimientos. ¡Lo que soy capaz de hacer en este tiempo que vivo como vibración! -se decía ahora la joven al releer su imagen onírica, y acordándose del infinitivo ‘räumen’ de Heidegger, (2009) traducible como espaciar, despejar, abrir camino; un hacer propio de los seres humanos que, hechos de espacio, espaciamos-.

Volver, jugar, atender, re-cordar, re-conocer-se, re-escribir, des-plazar-se, explorar, transformar-se, des-apegar-se, espaciar, esperar... son verbos-raíces para una casa voladora que está en disposición y a la espera de:

- *Hacer juntos* con la posibilidad de sentirnos más presentes gracias al contacto con el otro que nos reconoce.
- *Recuperar el valor educativo del hacer cotidiano*: cocinar, conversar, dormir, bailar, bostezar, festejar, cantar, hacer el amor, caminar... vivir sintiendo que ningún instante vale más que otro; que “la grandeza, o el significado específico de cada acto, sólo puede basarse en la propia realización, y no en su motivación ni en su logro” (Arendt, 2012:229).
- *Reescribir entre cuerpos como exploración de este vivir*, creando juntos las condiciones necesarias para ablandar los cuerpos-saturados y permitirles devenires más porosos para abrirnos al imprevisto desde la serenidad.
- *Escuchar nuestras inercias* respetando el tiempo de apertura de nuestras ventanas singulares: despertar, jugar, explorar.
- *Elegir formas de estar desde las cuales interrogar el mundo*, explorando y creando en colectivo relatos corporales-existenciales que nos permitan generar y compartir otros saberes.
- *Jugar con el lenguaje* escuchando, traduciendo, editando; inventando en la singularidad de cada encuentro maneras vivas de nombrar los caminos po(e)sibles que aparecen.
- *Desdibujar el camino trazado* compartiendo nuestras exploraciones con otros, haciendo circular historias y saberes en una constante rueda de intercambios que en lugar de construirse como un artificio de logros se plantea desde la sencillez de nuestro hacer cotidiano en el que a través de la conversación nos abrimos a desconocidos para cuestionar lo que ya sabemos.
- *Resonar y repercutir*, como lo propone Bahcelard (2011): “en la resonancia oímos el poema, en la repercusión lo hablamos, es nuestro. La repercusión opera un cambio del ser”...

De repente, la joven sintió el peso de su cabeza pe(n)sante; había ido demasiado lejos con las palabras, su cuerpo la avisó de que necesitaba descansar. Se tumbó sobre la

alfombra violeta donde se había relajado al entrar y en la luz del atardecer fue acompañando la respiración.

¿Sería posible una casa-voladora donde los cuerpos resonaran alegres y con ganas de vivir?

-cerró los ojos y se durmió pidiendo un deseo-

...que al despertar recuerde mis sueños...

Bibliografía citada:

Aladro, E., 2007, *Walter Benjamín-Simone Weil: Una teoría de la atención*.
http://mimosa.pntic.mec.es/~sferna18/benjamin/BENJAMIN_Y_WEIL.pdf

Arendt, H., 2012, *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.

Bachelard, G. 2011, *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bergson, H., 2006, *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el Espíritu*. Buenos Aires, Cactus.

Deleuze & Parnet, 1980, *Diálogos*. Valencia: Editorial pre-textos.

Duran, N., 2012, *La escuela como una conversación entre desconocidos. Investigar con niños mediante lenguajes artísticos*, tesis doctoral, Universidad de Barcelona, [en línea], disponible en: <http://www.tdx.cat/handle/10803/84058>.

Heidegger, M., 2009, *El Arte y El Espacio*. Die Kunst und De Raum. Traducción de Jesús Adrián Escudero. Herder Editorial. Barcelona.

Manning, E., 2009, *Incipient Action: The Dance of the Not-yet. Relationscapes: Movement, Art, Philosophy*, Cambridge, Mass, MIT Press.

Nancy, J. L., 2007, *Listening*, New York, Fordham University Press